

LA AGUJA
DEL NAVEGANTE

AVISO PARA NAVEGANTES

EL viaje es tan antiguo como el hombre. El viaje es el hombre. La necesidad, la aventura, la peregrinación, la memoria, la exploración, el futuro, la explotación, la conquista, la huida, el interés más diverso o la búsqueda del placer han puesto desde antiguo alas en los pies, cuando no pies en las alas, de los hombres. Todos somos Ulises. La vida no es sino una odisea que se continúa con el viaje definitivo –Y yo me iré. *Y se quedarán los pájaros / cantando:* cuánta juanramoniana tristeza– de la muerte que satura y sella las paredes del olvido o se derrama en los muy diversos vasos de la memoria. El viaje está, pues, presente en nuestra vida en diferentes planos, nuestra vida que es ella misma un viaje elemental simbolizado/metaforizado desde siempre con el caudaloso-rápido-ligero-lento-muy lento-quieto fluir de un río que va a dar a la mar que es el morir o con el paso de las estaciones, esto es, con el nacimiento o primavera, con la madurez cenital del verano y sus frutos, con la decadencia otoñal al modo de un Bradomín cualquiera y la disolución o muerte en el invierno que finalmente nos acoge y nos arropa con el manto de su inmensa frialdad. A la postre, somos el eco real de unos ciclos solares, del que no quedan los caminos sino apenas unas machadianas huellas de caminante. Qué fácil resulta recordar tanta elemental verdad bien escrita: *Caminante, son tus huellas / el camino, y nada más; / caminante, no hay camino, / se hace camino al andar. / Al andar se hace camino, / y al volver la vista atrás / se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar. / Caminante, no hay camino, / sino estelas en la mar.*

Y, cómo no, el viaje se halla también indeleblemente marcado en las más oscuras zonas de nuestra mente, fecundando los sueños, alimentando las costumbres y ritos –cuánto ajuar funerario y cuánta moneda puesta en la boca de los muertos para pagarse su viaje y llegar a la orilla otra se descubren en las excavaciones arqueológicas– o hilándose en interminables y recurrentes palabras. Sí, en palabras que narran o cantan lo acaecido, lo que acaece o lo que pueda acaecer, al tomarse conciencia de los diversos órdenes –anterior, presente, posterior–, con su mutua relación, y de los diversos niveles –inconsciente/consciente, etc.– que impregnan nuestra existencia y alimentan la idea de una distancia –en este sentido, desde que el hombre ha tomado conciencia de

su inconsciente y como tal sujeto ha resultado escindido no ha dejado de palpar la distancia existente dentro de sí mismo, lo que le permitió a Luis García Montero estudiar «La musa y el itinerario de sus viajes» por lo que respecta a la poesía contemporánea–. Aquí habita, pues, y para siempre no sólo la literatura de viajes y la literatura del viaje de la vida, sino el viaje mismo de la literatura, viaje definitivo para quienes algún día zarpamos en la nave de un hermoso poema o cabalgamos a lomos de un rocinante cualquiera en la llanura de una interminable tarde de verano. Leer es, por tanto, un modo de viaje que sólo necesita la maleta del movimiento de nuestros ojos.

Si, finalmente, todo acto vital es un acto viajero y la literatura no deja de ser la huella verbal del viaje de la vida en su mayor complejidad, necesitaremos de medios para navegarnos por la vida y la literatura. Esta aguja de navegar que desde hoy ofrezco no tiene otro fin que señalar algunos rumbos fundamentalmente literarios, los rumbos de la buena literatura –y de algunos de sus problemas– donde quiera que ésta se encuentre, sin exclusiones, para quienes se quieran servir de ellos en su intransferible peripecia vital. Esta columna viene a ser, pues, un instrumento análogo a una aguja inmantada que, en equilibrio sobre una púa y sobre una rosa náutica, señalará direcciones para las naves de los lectores que las quieran seguir, usar o sencillamente tirar. En este sentido, nada me gustaría más que el lector siguiera, y esta aguja de navegar lo señalará siempre que pueda hacerlo, el rumbo de *la vida por hacer y su belleza*, dicho con un verso de Antonio Carvajal, aunque el viaje de la vida se haya puesto muy caro y el mar que surcamos se encuentre infestado de tiburones. Pero, si bien el presente dista mucho de ser hermoso, de ser justo y de ser bueno para la misma mayoría de siempre, de Norte a Sur y de Este a Oeste, nadie puede ni debe secuestrarnos el futuro, por cuanto ese norte vital mejorará nuestro momento actual. El tiempo futuro en cuanto ideación y el pasado en cuanto memoria y conciencia actuantes de un tiempo anterior están aquí y ahora siempre. Poner rumbo a la vida por hacer y su belleza no es ni mucho menos consecuencia de ningún acto de generosidad, sino resultado de un egoísmo puro y duro. Nada más. Nada menos.